

Esperanza sin optimismo

Por **J. Agustín Franco Martínez**

Universidad de Extremadura
franco@unex.es

Esperanza sin optimismo.
Terry Eagleton, 2016. Barcelona: Taurus.

EL REGRESO ZOMBI DEL MARXISMO RELIGIOSO

La esperanza eagletoniana es un compendio de falsa erudición, sin diálogo verdadero (pese a manejar muchas fuentes sesudas y autores eruditos), una farsa religiosa con pretensiones de profecía posmoderna. Repleto de trampas lógicas y demagogias. Desde la portada a la contraportada. Y sobre todo funcional al sistema neoliberal.

Flaco favor hace la ESO (*Esperanza Sin Optimismo* de Eagleton) al avance del pensamiento crítico y a la comprensión de Marx. Resistir pese al ‘marxismo religioso’ de Eagleton no parece tarea fácil, pero si lo fuera no merecería la pena el esfuerzo.

Decepcionante. La palabra que mejor puede describir la Esperanza Sin Optimismo (ESO) de Eagleton. Un discurso teológico y teologizante sobre, supuestamente, la esperanza. Aunque habla también de confianza, alegría, utopía, resistencia, tragedia, fe, caridad y otras palabras sin precisar ni definir ninguna con rigor.

Bebiendo de las aguas perpetuas del holocausto nazi, pero aumentando nuestra sed a cada sorbo. No se puede

beber ejercitando sólo los músculos de la tragedia. No se puede pensar la esperanza sin optimismo, por muy pequeño que éste sea.

Si se pudiera medir el optimismo como se mide la temperatura del cuerpo, entre achicharrarse y congelarse no hay ninguna opción intermedia de renunciar al propio cuerpo, salvo dejarse morir. Dicho en clave social: No hay opción de abandonar la revolución obrera.

Quizá Eagleton propone sin saberlo una eutanasia moral para sentenciar definitivamente el funeral de la clase trabajadora. Eagleton olvida que el optimismo es a la esperanza lo que la sangre al cuerpo, lo que la revolución a la clase explotada. Eagleton nos propone a lo sumo una esperanza entumecida disfrazada de heroica y numantina valentía.

En la portada de la edición española vemos el símbolo de los dedos cruzados, denotando que lo que se está haciendo o diciendo es una farsa. No podemos olvidar la mítica escena de *El show de Truman* en la que el protagonista descubre en la foto de su boda que su (supuesta) mujer tiene los dedos cruzados tras la espalda, esto es, que está participando de una farsa.

Y en la contraportada y contracarátula unos ganchos comerciales para atraer al lector, para pescar a incautos en busca de sentido. Desde reseñas grandilocuentes de la pluma de Zizek hasta exquisitos comentarios para gente exclusiva en el prestigioso periódico *The Guardian*. La pista del mayúsculo engaño nos la da el subtítulo que aparece en la parte de atrás del libro, “contra el optimismo infundado y la felicidad obligatoria”. Para esto no hacían falta tantas alforjas.

De hecho, leyendo en páginas interiores puede verse que en realidad podría haberse titulado igualmente como Esperanza sin Optimismo ni Pesimismo. Y, en todo caso, abogando por una esperanza con profundidad. Sin embargo, la crítica se ceba no tanto en la esperanza como en arremeter contra lo superficial, perdiéndose página tras página en un debate cada vez más superfluo. Si acaso le da un argumento más a los antimarxistas para declarar que parte del marxismo sigue anclado en la teología. Algo que el propio autor no se niega a enredar más y más, con referencias fútiles a la biblia y al ominoso cristianismo.

Una esperanza sin optimismo es como un supermán sin capa, disimulando tras unas ridículas gafas su poder. Una esperanza sin optimismo es ridícula. Nadie se la cree.

La esperanza en la revolución obrera ya acumula bastantes dosis de pesimismo, para arrebatarse también el poco optimismo que pudiera quedarle.

No deja de resultar curioso y llamativo que disponiendo el autor de dos fuentes (humanismo y cristianismo) con las que a priori poder saciar nuestra sed de sentido y justicia, elija sin más la segunda. La primera de agua clara, limpia y abundante y la otra de agua turbia, contaminada y escasa.

LOS CUATRO MOMENTOS DEL DESCENSO A LA DESESPERANZA

La esperanza eagletoniana se va deshilachando desde lo cómico a lo ridículo en cuatro momentos preciosos:

1. El momento psicológico cómico.
2. El momento histórico trágico.
3. El momento religioso tragicómico.
4. Y el momento espiritual ridículo.

Cada uno de los cuales se corresponde con un capítulo del libro, excluido el prólogo en el que también se deslizan múltiples falacias argumentativas, siendo la más socorrida la de ‘la botella medio vacía’ (Tabla 1).

Tabla 1: Resumen de falacias siguiendo la estructura del libro de Eagleton

Capítulo y página	Trampa	Argumentos de la trampa	Elementos para desvelar la trampa
Prólogo: p. 13	La botella medio vacía	Justificación de la paradoja de un pesimista hablando de esperanza	-Falsa modestia. -Dramatización exagerada.
Cap. 1: p. 15	Ser albanés o la lluvia durante tres días seguidos	La irracionalidad del optimismo	-Generalización excesiva. -Negación del método deductivo.
Cap. 2: p. 71	Los campos de concentración nazis	La lucha contra los que los construyeron	-Falso motivo de esperanza. -Ignora el relativismo moral. -Ignora la responsabilidad de quienes les permitieron llegar tan lejos.

Capítulo y página	Trampa	Argumentos de la trampa	Elementos para desvelar la trampa
Cap. 3: p. 142	Vuelta al tema del nazismo	La esperanza infundada del judío alemán de izquierda Bloch	-Acusación de esperanza reaccionaria. -Acusación de falta de objetividad. -Desacreditación de la subjetiva esperanza por contraste con la dura realidad objetiva.
Cap. 4: p. 203	Elegir el color de un pañuelo	Crítica a Sinead O'Connor	-Demagogia. -Descontextualización.

Fuente: Elaboración propia.

No hace falta un libro de más de 200 páginas para decir que el optimismo sin fundamento no vale mucho. La gracia del asunto es saber explicar cómo construye el mal su propio fundamento, sin el cual no llegaría muy lejos.

El camino al infierno está empedrado de buenas intenciones. Pero no un mal en sentido abstracto y moralista, sino en su concreción histórica: el capital como relación social, como fuente de dominio y explotación de unos pocos sobre muchos (especialmente muchas).

Algo imperdonable en un pensador crítico es rehuir de las definiciones precisas de los conceptos que maneja, lo que le permite extensas digresiones y falsos debates sobre conceptos que no tienen nada que ver o muy poco. Así, por ejemplo, la ‘esperanza del ingenuo’ no es esperanza, es ingenuidad.

Pero lo grave no es la falta de definición de los conceptos que utiliza. Es la clase de discurso que enciende las alarmas de autores como Baillargeon o Sánchez Cuenca ante la desfachatez intelectual. La clase de reflexión que bien merece la burla y el sarcasmo contra los estudios postculturales, por su falta de rigor y exceso de charlatanería.

Lo único claro de toda la diatriba de Eagleton es que la esperanza, como otros valores, no depende de la propia voluntad. Se puede fingir, pero eso es un pobre artificio.

La esperanza religiosa en la que Eagleton nos quiere hacer caminar nos elude una advertencia crucial: que son aguas movedizas, que es un campo de minas. Por eso él en

todo momento sobrevuela sobre el tema, pero no hunde sus pies en ella.

Es inadmisibile la crítica a la cantante Sinead O'connor acusándola de haber pronunciado unas palabras que eran 'la quintaesencia del optimismo' al manifestar ella que prefería la alegría de la resurrección a la tristeza de la cruz. Cualquiera que haya vivido en una sociedad cristiana entendería la crítica de Sinead, salvo un extraterrestre o un varón sin conciencia de su machismo.

Inclusive interpreta la manida metáfora de las gafas de color de rosa como un diagnóstico médico al estilo del Dr. House: astigmatismo moral, obesidad conceptual, bulimia intelectual... Cuando realmente lo que está haciendo es una acusación de herejía.

Quien lo ve todo de color de rosa debe hacer un ejercicio de transformación de la realidad mucho más propedéutico que quien se va adaptando al color de cada momento como un camaleón, huyendo del peligro. Dicho de otra manera, ver algo que a priori no se ve implica un ejercicio valiente de investigación, es la expresión de la búsqueda de nuestra longitud de onda, la búsqueda del color de nuestra propia voz. Y la longitud de onda de la clase trabajadora es la revolución, la esperanza revolucionaria y feminista, el pan y las rosas.

Y así todo, desde la primera trampa del capítulo 1 (la del albanés) a la última (la de los pañuelos de colores) en el capítulo 4. Un compendio de ángulos muertos y callejones sin salida desde los que es difícil entender cómo posicionados ahí podemos ver algo mínimamente comprensible de la esperanza o de cualquier otra cosa. La posición típica del teólogo: parece muy dialogante, pero antes se ha asegurado de amordazarte. A dios rogando, pero con el mazo dando.

¿Por qué no decirlo? Le falta mucha honestidad intelectual a la reflexión de Eagleton sobre la esperanza. Recurre a lugares comunes, como el holocausto judío, para dejarnos varados en un callejón, quizá –siendo en exceso muy optimistas– con la pretensión oculta y deliberada de hacer pedagogía de la esperanza.

Le falta honestidad intelectual porque no dialoga con quienes han desmontado el timo de la religión en general

(por ejemplo, Puente Ojea o Comte-Sponville) y del capital en particular. Porque no discierne la pseudociencia del psicoanálisis freudiano de la ciencia del análisis marxista. Porque ignora la esperanza atea, feminista y anticapitalista, la que ha sobrevivido pese al exterminio y genocidio perpetrado por las religiones, especialmente el catolicismo y el patriarcapitalismo. Porque no reconoce la cantidad de humanismo usurpado por las fes cristiana y neoliberal. Porque pretende ser profeta no predicando desde la cuneta, sino arrojándonos al resto a la cuneta. Porque se olvida del consejo gramsciano: pesimismo del intelecto y optimismo de la voluntad. Porque le hace un flaco favor al análisis científico de Marx del capitalismo retorciéndolo hasta volverlo teología. Porque ni siquiera reconoce la deuda de los mitos y relatos shakespearianos (al que tanto cita) con Cervantes.

CONSIDERACIONES FINALES

El sustrato de su defensa de Marx y del marxismo es bastante débil, pues todo su análisis descansa en quitarle hierro al hecho de justificar los medios (capitalistas) para alcanzar el fin (socialista). Menos aún vale la coartada de 'llegados a este punto de la historia' habrá que extraer todo lo de provechoso que se pueda de tan caótica e ingrata situación.

Porque de ese triste y desesperanzador argumento, tirando de ese hilo, ya sólo queda culpar a la propia clase oprimida de su opresión acusándola de haber perdido la moral, de haberse dejado ganar la batalla, como hacen incluso afamados *éxitos de venta*, por ejemplo, *Chavs* de Owen Jones. ¿Por qué ha tenido tan inusitada y espléndida acogida ese libro y, en cambio, no lo ha tenido otro de igual y bella factura como es *La dictadura del videoclip* de Jon Illescas?

Será quizá porque el primero acaba culpando a la propia clase obrera de su desmoralización y el segundo, en cambio, no le concede ese honor a la clase opresora, situándola en una posición de asedio más fuerte que nunca, lo que se revela fácilmente en el incremento de estrategias de censura, persecución y arrinconamiento del mensaje contrahegemónico que llega hasta los rincones culturales más alejados. Si no fuera rival, si no hubiera conciencia de clase, no habría necesidad

de disminuir la difusión de ideas y mensajes críticos. Y es que más que la potencial rentabilidad, pesa mucho más el miedo a la insurrección, la amenaza de pérdida del control.

Así, la esperanza capitalista se reduce a eso, a ver el vaso medio lleno, ignorando que la otra mitad no ha bebido ni un sorbo y ha muerto de sed bajo la promesa de agua (para todos... cuando el vaso esté a rebosar). Lo cierto es que bajo el capitalismo el vaso estará cada vez más vacío. Por lo que sólo cabe una esperanza con optimismo, cada vez con más optimismo, so pena de asistir al funeral de la clase obrera.

Y justamente Eagleton basa la esperanza de un futuro socialista en el presente de una esperanza capitalista. Y si Marx conocía la falsa esperanza capitalista y alababa su eficiencia, ¿no sería más bien para animar a los poderosos a dejarlo ya? “Oye, has triunfado. En poco tiempo y con el sacrificio de muchos has amasado una fortuna para vivir varias vidas, déjalo ya, ahora es el momento de otra historia”.

En la época de Marx el fin del capitalismo se veía inminente. Nadie imaginaba que la carrera por la eficiencia apenas había empezado. ¿Cuánta más ‘eficiencia’ necesitamos en pleno siglo XXI para pasar a otro nivel de la historia?

Se nos dice que el capitalismo morirá de éxito antes que llegue la revolución. Bueno, según se mida el éxito. Marx ya dejó claro que el supuesto éxito del sistema se basaba en destruir cada vez más la fuente de su ganancia, ¿eso puede considerarse un éxito? Vana esperanza.